

La Quinto LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XIII

DIRECTOR PROPIETARIO:

RAMON BLANCO ROJO

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Murcia 50 céntimos al mes. Fuera 2 pesetas trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victoria, 53

COLABORADORES:

TODOS LOS SUSCRIPTORES NÚM. 592

MURCIA 1.º DE SEPTIEMBRE DE 1901

SERENATA

Sal, niña, á la ventana,
que yo te espero;
sal para que contemple
tu rostro bello,
abre la reja,
escucha mis suspiros,
oye mis penas.

Son tus ojos fulgores
de luz tan clara
que abrasan al impulso
de su mirada;
ojos de cielo!
¡quien pudiera mi vida,
mirarse en ellos!

Tu boquita encarnada
es tan chiquita,
que yo en mi vida he visto
boca tan linda;
cuando sonríes
deben tenerte envidia
los serafines.

Tu negra cabellera
larga y rizada,
tiene tal atractivo
que á mi me encanta;
y no es extraño
que en tan lindo cabello
quede enredado.

Tu cintura es esbelta
como las palmas
flexible cual las flores
que mece el aura,
y tan graciosa
que á cuantos ven su garbo
les enamora.

Y todas tus fecciones
son tan bonitas,
que pareces un angel
más que una niña;

y un angel eres,
por que tienes el alma
pura y sin hieles.

Sal, niña, á la ventana,
que yo te espero;
sal para que contemple
tu rostro bello;
abre la reja,
escucha mis suspiros,
oye mis penas.

MIGUEL DE SAN ROMÁN

DESGRACIADOS!

(— «o» —)

Desgraciados, vosotros los ricos;
¿que vais á contestar al gran Juez?
¡Cubris con tapices la desnudez de
las murallas, y no cubris con nada
la de los hombres! ¡Adornais los ca-
ballos con preciosas y riquísimas
gualdrapas y despreciais á vuestro
hermano que está cubierto de hara-
pos! ¡Dejais que se pierda ó se pudra
el grano en los graneros, y ni siquie-
ra os dignais dirigir vuestra mirada á
aquellos que la necesidad tiene aba-
tidos y oprimidos! Ya sé que me di-
réis: ¿á quien hago yo mal retenien-
do y conservando lo mio? Y yo os
pregunto: ¿que cosas son las que vo-
sotros creéis que son vuestras? ¿de
quien las habeis recibido? Haceis lo
mismo que un hombre que estando
en el teatro y habiéndose apresurado
á tomar los sitios que podrian ocu-
par los demás, quisiera impedir que
estos entrasen, aplicando en prove-
cho solo suyo lo que debe emplear-
se en provecho de los demás. Esto
es lo que hacen los ricos, los cuales,
habiéndose posesionado antes que
los demás de las cosas que son co-
munes, se las apropian, poseyendo-
las: pues si cada cual no tomase más
que lo que es necesario para su sub-

sistencia y diese el resto á los indi-
gentes, no habria ricos ni pobres.

SAN BASILIO MAGNO

UN REINO MINÚSCULO

Pocos saben que el rey Eduar-
do VII tiene un compañero en la
persona del rey de la isla Bar-
drey, situada á 3 kilómetros de la
Península de Lloyn, condado de
Carnavón.

Este pequeño reino es comple-
tamente independiente y no re-
conoce la autoridad del Rey de
la Gran Bretaña.

No contiene más que 67 habi-
tantes, incluidos el rey y la reina
actuales, cuyos antepasados rei-
naron desde tiempo inmemorial.

Su lengua es una especie de pa-
tois ininteligible para los ingle-
ses.

El rey además de tener los atri-
butos inherentes á la soberanía,
es el médico, el maestro de escue-
la y lleva los registros de la pro-
piedad y civil.

Los habitantes no pagan im-
puestos, viven en paz completa,
alimentándose con pan de ceba-
da, leche y manteca.

Las rocas que rodean la isla
proporcionan á sus habitantes
gran cantidad de mariscos que
venden á los extranjeros á pre-
cios baratísimos; con sus produc-
tos se visten.

Y viven contentos, sin libros,
ni periódicos, ni oficinas, ni tea-
tros, ni diversiones, ni quebrade-
ros de cabeza.

CUENTO

FILOSOFIA CASERA

Cuando Federico se sentó junto á
su novia aquella noche, no pudo por
menos de notar cierta emoción mal
disimulada en Carmela, y una severi-
dad sin pizca de disimulo en D.^a Do-
lores, su futura suegra.

Tormenta tenemos, pensó Federi-
co al par que dirigiéndose á la joven,
le preguntaba con cariñoso acento.
¿Que sombra alevosa empaña tu be-
llo semblante? ¿Ocurre alguna nueva
digna de turbar esa constante alegría
que tan feliz me hace?

Y como la joven bajara los ojos
tristemente, Ernesto dirigió su mira-
da á la mamá, recibiendo en cambio
otra furibunda, á la que precedieron
estas palabras pronunciadas con
acento terrible.

— ¡Dile lo que pasa, pazguata!

— ¡Pero mamá!

— ¡Demonios! Está visto que no se
puede contar contigo para nada.

— ¡Señora! exclamó Ernesto; que
conociendo el caracter de la mamá
de Carmela, temia ser victima de su
sistema nervioso.

— ¡Caballero! puesto que mi hija
no sirve para nada y usted desea sa-
ber la causa de su tristeza, voy á de-
cirle, porque yo soy enemiga de que
se me indigese en las cosas en el estó-
mago. Ernesto sintió un escalofrío
ante ese desahogo de D.^a Dolores.

Carmela, roja como una guinda,
cogió el encage de bolillos é hizo co-
mo que se dedicaba á continuarle.

— Pues si señor; prosiguió doña
Dolores irguiéndose como un diputa-
do de la mayoría, Es preciso que es-
ta situación termine y terminará, por-
que yo tengo demasiado bien puestas
las enaguas para consentir que me
engañe uno y otra día.

— No comprendo...

